



Don Pablo de Olavide y Jáuregui, el símbolo trágico de todo lo que se condena.

las dos conciencias del siglo XVIII

JOSE JIMENEZ LOZANO

LA Revolución francesa y sus pródomos ideológicos, es decir, todo lo que ha venido llamándose «espíritu del XVIII», significan para todo el Occidente el momento en que los hombres de esta cultura comienzan a preguntarse realmente por la Historia y por sí mismos. La tradición y el orden heredados se derrumbaban en todos los terrenos, no podían competir ya con las nuevas experiencias, y si se sostenían todavía eso ocurría a la manera trabajosamente conservadora: como se guarda una pieza arqueológica, inmóvil, en una vitrina de museo. El hombre occidental entró irremediamente en la crisis radical de su propia existencia, de su entendimiento del mundo y de sí mismo, producida por ese terremoto. «Desde que el sol se encuentra en el firmamento —escribía Fichte, percatándose muy exactamente del momento filosófico que vivía— y los planetas giran en torno a él, no se había visto que el hombre se pusiera cabeza abajo, es decir, pensamiento abajo y construyese la realidad de acuerdo con éste». Pero es que el hombre se ha atrevido a saber, como diría el propio Kant, y está rehaciendo el mundo y rehaciéndose a sí mismo.

Pero todo esto ocurre de momento en Europa. Por toda Europa corre, en efecto, un río de optimismo por el futuro y por el cambio, pero España es todavía la España eterna, y esas voces y ni siquiera ese terremoto espiritual llegan hasta aquí. El hombre occidental ha experimentado la crisis de su identidad y está buscando otra nueva, o la ha encontrado ya, o cree haberla encontrado; pero la inmensa mayoría de los españoles, y podríamos decir que España entera como comunidad nacional, no la han perdido; sólo una pequeña minoría, que se asoma hacia afuera cuando viaja o devora libros foráneos ante la chimenea y platica con sus amigos sobre esos asuntos de Europa o de «la Francia», se contagia de esa crisis, y este aire foráneo produce en esa minoría unos muy peculiares efectos, cuando trata de responder a estas preguntas: ¿qué somos los españoles?, ¿por qué no vamos

a ser como los demás europeos?, ¿cómo europeizar a España? Pero la inmensa mayoría, y aun el aire mismo que respira el organismo racional, consideran la simple enunciación de estas preguntas como síntomas de peste o de traición a la casta española.

I. LA INMENSA MAYORIA SILENCIOSA E INMOVIL. LA ESPAÑA ETERNA

Desde que Felipe V sube al trono de España en 1700, inaugurando una nueva dinastía y dando un cierto giro a la concepción de la monarquía, hasta la guerra de la Independencia de 1808, en que los españoles defienden no sólo la integridad de su territorio nacional y su independencia política, sino toda la gama de su cosmovisión y sus hábitos castizos, ¿qué es lo que ocurre en España? Se está tentado de decir: en resumidas cuentas, nada. La menor cantidad de guerras posible, y éstas bien cocinadas con motivaciones filosóficas y religiosas; ninguna reforma o tímidas reformas puramente administrativas por lo demás; ninguna, desde luego, que pueda desazonar siquiera levemente a los españoles en su apego a la tradición. Hay, primero, contrabando, y luego invasión de libros, vestidos, justillos, abrigos y medias o de palabras, frases y nombres foráneos que ponen un poco de picante en un ambiente cerrado, casi de morbo pecaminoso o de divertimento, pero esto apenas si constituye un respiradero o un exutorio inocente y controlado, como el sustitutivo de las demoleadoras ideas que son contenidas, y que incluso pone una nota de «modernidad» y cambio de esa engañosa impresión.

La sociedad española sigue siendo, sin embargo, la pétrea pirámide de siempre. En su cima y en su fondo, monarquía y religión, sentimiento monárquico y religioso siguen estando ahí con plena vigencia. En un plano teórico tiene, desde luego, razón Domínguez Ortiz cuando escribe que con la nueva dinastía los viejos fundamentos re-

ligiosos de la monarquía habrían de ser sustituidos en este siglo por los del iusnaturalismo, y eso se muestra de manera enfática, sobre todo, con el auge de la idea de lo que se ha llamado «despotismo ilustrado». Pero la monarquía está tan dentro del sentimiento y de la cosmovisión españoles de la vida, y precisamente tan dentro de unas categorías religiosas y teocráticas, que el cambio teórico de esos fundamentos es prácticamente inadvertido por la sociedad entera. La vieja concepción teológica del poder podrá estar ya agotada en sí y, desde luego, no tiene ya viabilidad histórica en toda Europa, pero entre nosotros sigue funcionando y sosteniendo todo el edificio social y siendo un punto clave de referencia en la identidad personal de los propios españoles. La misma «política ilustrada», que en otros países es obra de los Reyes, en España lo es de un grupo de ministros y altos funcionarios que forman parte de una minoría extraña al país, europeizada, afrancesada, incomprendida y hasta odiada por el pueblo.

Y no es sólo la vieja concepción teológica de la monarquía la que está viva, sino toda una visión teológica de España y del ser español, la que incluso se exacerba en estos años, y tanto más cuanto los Pirineos dejan pasar con mayor amplitud el viento foráneo. A fines del siglo XV, España se ha constituido sacramentalmente, la fe cristiana se ha castificado aquí y la identidad español = cristiano es la categoría primaria de la sociedad española; ahora, frente a la crisis de identidad que padece Europa y se contagia a algunos españoles, ese sentimiento sacral se exacerba, como digo, y se traduce en toda una teología de España y de la historia hispana como pueblo elegido de Dios, tal y como Israel aparece en el Antiguo Testamento.

Fray Manuel Hurtado, que es un predicador popular que celebra desde el púlpito la liberación del pueblo de Carmona de la ocupación francesa, no duda en esbozar toda esa teología nacional. ¡Tan en el espíritu de las gentes está! Y arranca nada menos que de los tubalitas y tharsanos, que, veinte siglos antes de la Redención y más de dos siglos después del Diluvio, dice deliciosamente: «Derramaron las primeras semillas de la verdadera religión, revelada por Dios a Noé, y de éste transmitida a sus hijos y nietos, nuestros primeros colonos; derramó el cielo sobre ellos y sus habitantes toda suerte de bienes y bendiciones, les concedió las más insignes victorias de sus rivales y puso bajo de sus pies todas aquellas gentes y pueblos que perseguían su religión». Fenicios, griegos y romanos significan un contratiempo o una prueba, «chuparon nuestra sustancia y sofocaron nuestra religión» y «hubiera fenecido totalmente la nación si el altísimo Dios, que la tenía destinada para fiel depositaria del testamento de su eterno Hijo y para inventora sobre la tierra del culto y adoración de su temporal Madre..., no la hubiera hecho renacer, naciendo de María el Príncipe de la Paz». Y si fray Manuel no duda hasta en sugerir que Jesús ha nacido para hacer renacer a España, tampoco durará en asociar, más adelante, a la mismísima Inglaterra a esta teogonía, recordando su pasado católico y esta vez ocul-

tando su presente anglicano; mientras Francia, naturalmente, cumple el papel de Bestia Apocalíptica, y «¿no adoraron a Francia, igualmente que a su Bestia, muchos españoles que tomaron su carácter y la divisa de su legión de honor?» (1).

Una teologización similar realiza, por esos mismos años, otro predicador, fray José María de Jesús, en la catedral sevillana (25 de julio de 1808), interpretando decididamente la guerra de la Independencia como una más del ciclo bíblico de las guerras de Israel, y el presbítero Rodríguez, predicando en la solemnidad del Corpus del año siguiente, levanta acta, en fin, de «la España grande por sus sabias leyes, grande por su buena moralidad, grande por sus constituciones severas, la España que a fines del siglo XVIII descansaba en la inmutabilidad de sus costumbres, y conservando su propia grandeza cuando las otras naciones se hallaban gastadas por la corrupción, ella sola se decía la GRAN NACIÓN». No es otra la teología del famoso padre Cádiz, que llegó lisa y llanamente a caucionar toda violencia y que vio sus excesos execrados por la misma Inquisición, aunque estos excesos se dan muy abundantemente también en cartas pastorales, como la del obispo de Santander, de 1794: «El reino de Dios y su justicia, obradora de la paz de Christo... exhortación... a todos los españoles sobre guerrear fuertes en la fe las guerras del Señor contra sus enemigos los franceses libres».

La autoconciencia de la gran mayoría española se vierte en estas categorías cuando los ataques foráneos la convierten en llaga de sí misma, la obligan a preguntarse por su identidad: teologiza su Historia y su existencia entera, aunque tenga que remontarse a los tartesos; pero en estado de calma, cuando se complace en sí misma —y esta autocomplacencia es la conciencia que de su identidad tiene esa mayoría—, es a la secular inercia de los siglos a la que se remite. La rutina es ley en el cultivo del campo, en el vestido y en la enseñanza, y el tiempo sigue siendo un tiempo medieval en el que la gran catástrofe es la novedad: novedad teológica o científica, por supuesto, pero también hasta la más pequeña novedad en la manera de hilar o de calzarse. Esa novedad aparece en otros casos, a los ojos de esa segura mayoría, como puro espejismo o patraña, y es objeto de burla: no puede ser otra cosa que mala copia de la sabiduría de los antiguos, que ya establecieron todo para siempre, o mero desatino. El conde de Peñaflores nos ha dejado a este respecto, en «Los aldeanos críticos», una pintura sangrienta, pero extraordinariamente realista, de esta actitud de los «cristianos-viejos-españoles-de-pura-cepa», puestos a burlarse, a la vez, de las nuevas maneras de vestir y de los nuevos conocimientos científicos. «Pues ahora eche vuestra merced una ojeada —dice uno de éstos— por los modernísimos señores. Verá vuestra merced unos hombrecillos como de la mano al codo, sin pelo de barba, con unas caritas de dieciocho y unos ojitos que andan bailando contradanzas; vestidos a lo *parisién*, peinados a lo *rinocerón*, o en *ails de Pigeón*, y empolvados como unos ratoncitos de molino; en fin, unos hombrecillos tan alegres y



ta
Semana S.
en tiempo pasado
en España

«Semana Santa en tiempo pasado en España», de Goya.

tan atteretados, que no más que vuestra merced les mire, al pasar, le embocan una cortesía tan profunda que no parece sino que han jurado y van a besar la tierra. Pero sígales vuestra merced a sus gabinetes y allí conocerá mejor la diferencia de estos pobres cuitados a aquellos insignes varones. Verá vuestra merced uno que se encaja en un *tourbillón*, y anda revoloteando en él como figurilla de pólvora; a otro que, metido a agrimensor de los cielos, anda midiendo a varas la distancia que hay del Sol a Venus, de allí a la Tierra, de ésta a la Luna, de la Luna a Júpiter, de aquí a Saturno, y de éste a la estrella Sirius; a éste que, cansado de darle la bomba a la máquina neumática, agarra el microscopio y se está muy serio seis o siete horas considerando la patica de una hormiga, los ojos de una mosca, aquel polvo que dejan en los dedos las mariposas y otras piezas de este calibre; a aquél que, convertido en cordelero, se le ve todo el día en dar vueltas y más vueltas a una rueda para electrizar a un globo de vidrio y sacar por este medio chispas de una barra de fierro. Todo esto (ya se ve) *ad terrorem*; porque sin tanta fatiga y sin tanto aparato lo pudiera lograr en la fragua de cualquier pobre cerrajero, y así a todos los demás muy ocupados con estas fruslerías: de modo que parece andan ensayándose en aprender habilidad para salir cada uno por esos mundos de Dios con la linterna mágica al hombro y ganar su vida. Coteje vuestra merced ahora lo que va de éstos a aquéllos», es decir, a los antiguos sabios. Y «fuera de esto, ¿quién ha de hacer caso de unos perros herejes, ateístas y judíos, como Newton, que fue un herejote terrible; un Descartes, que, a lo menos en lo que toca a los animales, era materialista; un Leibnitz, que sabe Dios lo que fue; un Galileo de Galileis, que, según su nombre, debió de ser algún archijudío o proto-hebreo, y otros que hasta los mismos nombres causan horror? Los antiguos son otra cosa, y yo conocí a un estudiante que tenía tanta vocación del gran Aristóteles, que le rezaba todas las noches indefectiblemente un *Padrenuestro* y *Avemaría*, y no dejaba de dar sus razones a su modo. Me acuerdo haberle oído hablando de filósofos modernos: allá se compongan con sus patrañas y embelecós; más nos vale jugar a lo seguro y andar piano, piano, a la pata la llana, siguiendo las pisadas de nuestro cristiano viejo Aristóteles».

Cadalso escribirá con igual malicia estos versos:

*Y di, lector: ¿acaso nos importa
(pues la vida es tan frágil y tan corta)
que Febo de su vuelta concertada,
siendo la tierra la que está parada,
o que, parado el sol, la tierra suelta
alrededor de Febo dé la vuelta?...*

Pero sería prácticamente inacabable la documentación que podríamos acumular para mostrar que esos sarcasmos no exageran nada y que las novedades científicas o técnicas son, como escribe Jovellanos con su moderada grisura: «Perseguidas en todas partes por la pereza y la ignorancia, silbadas y menospreciadas por la preocupación y la envidia». Después de la guerra

de la Independencia, después de la Constitución de 1812, en plena lucha contra el liberalismo y la modernidad, ofrecerá esta postura de seguridad ignorante y despreciadora una muestra realmente paradigmática en las «Cartas del filósofo Rancio», cuando el autor aborda las cuestiones científicas (2). En Europa podían llover chuzos o desplomarse las columnas del firmamento o abrirse el Paraíso: todo lo que esa inmensa mayoría de españoles deseaba era que se tendiese un cordón sanitario para que ninguna de estas cosas turbase su sosiego de siglos, su hacer y pensar las cosas exactamente como sus padres y sus abuelos. A esa mayoría la gustaba oír sus pasos y el eco de sus pasos como en una gran oquedad aislada del mundo, segura, convenientemente ordenada, idéntica a sí misma desde siempre y para siempre: «No convenía que se hiciese novedad», como dijeron los hombres de Cazalla a Jovellanos cuando éste les reunió para ver si convenía sustituir por un corregidor a los dos alcaldes elegidos por la villa. Y no se hacía novedad.

II. LA MINORÍA ILUSTRADA

Las «Luces», de todos modos, atravesaron los Pirineos o se infiltraron por los diversos puertos españoles, a pesar de la vigilancia inquisitorial sobre libros y objetos, porque ese era el aire de la época y no podía dejar de ser respirado. Sus efectos fueron terribles. Afectó el «contagio» a una pequeña minoría, pero el inmovilismo secular de aquella sociedad la tornaba mucho más vulnerable y la Ilustración significó un drama entre nosotros. Desde un punto de vista religioso, por ejemplo, la gran metamorfosis que implicaba fue sumamente suave en Inglaterra, donde quedó reducida al reconocimiento de la autonomía total de la ciencia respecto a la fe, y en Alemania fecundó en seguida el campo concreto de la misma teología; en Francia, sin embargo, al hacer irrupción en una monarquía absoluta y sacralizada por la Iglesia, fue ya un torrente devastador; pero en España iba a hacer temblar las bases todas de la sociedad española, precisamente porque aquí no había parcela humana que no tuviera transfondo metafísico o religioso, desde el ser mismo de España y la identidad española hasta el cultivo de la tierra o las funciones públicas o el vestido.

Y, sin embargo, la Ilustración española apenas si fue una pequeña brisa que escapó al cinturón de cuarentena, una linternita encendida en una gran caverna. Lo que ocurrió fue que esa pequeña luz enloqueció al pequeño puñado que la recibió y que, como se sentía iluminado, creyó que sería capaz de contagiar de claridades todo el resto, oscuro y patético a sus ojos; pero que, en realidad, se hallaba a gusto en la oscuridad y sólo veía en aquella antorcha un peligro de incendio.

Con la implantación de la dinastía borbónica comenzaron a escucharse voces en España que no eran las acostumbradas voces de crítica contra los «malos ministros» o los «malgobiernos», sino otras voces nuevas que expresaban un descubrimiento reciente. Los que las daban se habían per-

las dos conciencias del siglo XVIII

catado ahora de que la sociedad en que vivían era algo así como un estanque de aguas secularmente detenidas o esa caverna de que antes hablaba y que, sin embargo, el agua de otros lagos se movía y en otras oscuridades se había hecho luz. Es decir, que esos hombres comenzaron no sólo a dudar de que en esta parcela de tierra hispánica, con una Historia totalmente teologizada, fueran las cosas de la mejor manera posible y, desde luego, de mejor modo que en cualquier otra parte, sino que empezaron a afirmar que iban mal, muy mal, y que era necesario estar al corriente de las actividades intelectuales del extranjero y, sobre todo, criticar las ideas y conceptos recibidos y mostrarse escépticos ante todo lo que no pudiera comprobarse y controlarse mediante la razón y la experiencia. Uno de estos nuevos espíritus fue el benedictino Jerónimo Feijoo, y el éxito de sus libros nos hace pensar en que, ciertamente, su voz representaba a un porcentaje de españoles nada desdeñable, impresión que nos viene confirmada, además, por todo un elenco de nombres de gentes más o menos modestas que se sienten poseídas también de ese espíritu crítico, de la osadía de saber de qué hablaba Kant como rasgo específico de la Ilustración, del afán de inventar y conocer.

Este espíritu crítico se aplicó sobre todo a problemas empíricos, como la Medicina o las técnicas de cultivos y otros, pero era inevitable que de aquí pasase a la Economía, al Derecho, a la Historia y a la Teología y, naturalmente, a la concepción misma del ser español. Y esta concepción pasó así, en seguida, de su triunfalismo y seguridad a convertirse en un sentimiento masoquista y morbosamente deprimente en estos ilustrados. Porque el ilustrado español se siente renacer como europeo e hijo de la nueva Humanidad que se anuncia, y desprecia su españolidad y cuanto constituía su herencia cultural con la euforia de quien es liberado o descubre alguna luz por sí mismo tras haber sido engañado durante mucho tiempo, exactamente como le ocurrió a Feijoo con la cuestión del chocolate y los torreznos. «Siendo yo muchacho —explica—, todos decían que era peligrosísimo tomar otro cualquier alimento después del chocolate. Mi entendimiento, por cierta razón que yo entonces acaso no podría explicar muy bien, me disuadía tan fuertemente de esta vulgar aprehensión que me resolví a hacer la experiencia, en que me supongo que tuvo la golosina pueril tanta o mayor parte que la curiosidad. Inmediatamente después del chocolate comí una buena porción de torreznos, y me hallé lindamente, así aquel día como mucho tiempo después; con que me reía a mí, salvo de los que estaban ocupados de aquel miedo».

Todos los ilustrados se reían así, poniendo en su risa ironía y agresividad, de todos los que a sus ojos todavía eran presa de los viejos miedos, que con frecuencia equivalían también a los viejos valores. Descubren a Newton o a Gassendi, a Rousseau y a Voltaire y se entusiasmarán con ellos, comenzarán también a respirar como si les quitasen una piedra de cien arrobas encima: «¡Vivan los buenos libros, que se darán al público! —escribe Nicolas de Azara en

plena cruzada en pro de las «Luces», que comprueba que encuentran tanta resistencia en el ambiente general—. ¡Viva la condenación de los estudios, que nos tienen perdidos..., y viva nuestro amo, que nos saca de la ignorancia y barbarie en que nos han tenido esclavos! La obra es larga, pero espero en Dios que la acabará... Ustedes, por Dios, que continúen como han empezado y darán al Rey un reino de hombres por otro de bestias que ha tenido hasta aquí. ¿De qué nos ha servido a los españoles hasta ahora el talento si nos han tenido oprimidos con una piedra de cien arrobas encima?». Esta sensación de liberación tornará incluso osados y dicharacheros a estos ilustrados, les otorgará una especie de vocación de «enfants terribles», de escandalizadores de cristianos viejos y españoles rancios, yendo con la palabra y con el gesto mucho más allá seguramente de sus propias convicciones, exactamente como el petimetre gorjeaba, en vez de hablar, y saltaba como un gorrión, en vez de andar, para mostrar su elegancia y su francesismo y modernidad.

Aunque no todos estos hombres pueden ser medidos por el mismo rasero, la conciencia que de sí mismos tienen unos u otros se sitúa en muy distinto plano. En un primer plano, por ejemplo, están los hombres abiertos al espíritu crítico, pero viviendo todavía de alguna manera al menos en el horizonte axiológico y religioso de la tradición. Hombres de ciencia o de técnica que tratan de aplicar los nuevos conocimientos y luchan contra rutina y la superstición; políticos que sueñan con una sociedad más progresiva, con avances políticos, económicos e intelectuales que unan los valores del siglo a los de la tradición y la religión: Feijoo o Jovellanos, por ejemplo; médicos, juristas, economistas, eclesiásticos, artesanos y, en teoría al menos, también las Sociedades Económicas del País (3). El padre Centeno, en Teología, pongamos por caso (4).

En otro plano están luego los hombres convertidos realmente al espíritu de las «Luces», que sufren una verdadera metamorfosis intelectual y se transforman en hombres nuevos, en hombres del siglo de la Razón. Y son los menos y siempre de manera equívoca. Con frecuencia, porque no son personalmente capaces de llegar a las últimas consecuencias de sus ideas; otras veces porque fenómenos, como el de la Revolución francesa, no encajan en el esquema mental que ellos se habían hecho de la Ilustración, o decepcionan sus esperanzas, o siembran el pánico en su corazón, y por un último motivo, en fin: porque la hipocresía se revela rentable para la propagación misma de las ideas de la Ilustración, porque hay Inquisición y la España tradicional es mayoritaria y fuerte, y la prudencia se impone: Aranda, Azara, el padre Casalbón y Olavide y sus contortulios podrían ser incluidos en este grupo, sin duda alguna, entre otros muchos (5).

Pero también será suficiente para pasar por ilustrado ante ojos propios y extraños, al mismo tiempo, calzar chapines, emplear vocablos franceses, bromear sobre cosas hasta entonces tenidas por santas, tener libros prohibidos, organizar «soirées» junto a la chimenea en vez de

tertulias junto al brasero o el hogar y aplaudir las maledicencias y hasta las tonterías escritas por extranjeros. Y diré que esta autoconciencia de ser ilustrado por el simple hecho de realizar esos gestos me parece infinitamente dramática. La más dramática de todas, ciertamente, o, por lo menos, tanto como ese otro sentir dolorido de los que aman profundamente a la patria, tienen conciencia de las «Luces» del siglo y comprueban cada día con mayor angustia y desesperanza que España renunciará, también esta vez, con perfecta inconsciencia y hasta con complacencia a esta segunda oportunidad —la primera fue el erasmismo— de abrirse al mundo moderno y ser Europa. Y este amor crítico y desesperado de España me parece que será también la herencia que esos ilustrados dejarán a sus hijos, y sus nietos, y bisnietos, y no sé por cuántas generaciones más.

III. UNA FRÍA MAÑANA DE NOVIEMBRE

El 24 de noviembre de 1778, sin advertir incluso ni al gobierno ni al propio soberano, la Inquisición, encarnación e instrumento de la inmensa mayoría silenciosa y segura, de autoconciencia de eternidad y triunfo, celebra un pequeño auto de fe a puerta cerrada, pero al que se ha invitado a un cierto número de españoles inficionados por las «Luces» para advertirles de su errado derrotero y, a la vez, de la plena fuerza de esa mayoría, e invitarles a volver al redil idílico, a la vieja conciencia de identidad de sí mismos. En ese auto se juzga y se condena a un hombre, don Pablo de Olavide y Jáuregui, es cierto, pero es porque tiene que haber alguna víctima material, y en verdad no podía haberse elegido mejor. Pero ese hombre es, ante todo, el símbolo trágico de todo lo que se condena: mucho menos la heterodoxia religiosa del acusado, aunque éste sea el pretexto y hasta el tema de la disertación judicial, que unos hombres; una conciencia de ser españoles totalmente nue-

va; un determinado uso de la razón humana que, a juicio de los jueces, está destinada a obedecer y no a la osadía sacrílega del pensar; una política, unos modos de vestir y de comer, de conversar y de divertirse que son ajenos a nuestras viejas costumbres; el afán de leer, el buen gusto, la curiosidad científica, las discusiones, una nueva consideración de la mujer como igual al hombre; un cierto cristianismo, que no ha pasado por los Indices hispánicos, tan distintos, a las veces del «Index» general de la Iglesia de Roma.

La ceremonia fue atroz. El acusado se desmayó al oírse llamar hereje, formal y ver en torno suyo no sólo la coraza y el sambenito o las finas fustas con que creía que sería azotado y, sobre todo, al pensar en su futuro, sino quizá porque en realidad aquella acusación hería su fe y sus sentimientos de fidelidad católica. Pero la impresión no fue menor en todos los circunstancias, en el país entero y fuera del país. Unos días después de esta escena, uno de los asistentes al auto y amigo íntimo del acusado, el abate Felipe de Samaniego, aterrorizado como estaba, fue a ver al licenciado Escalzo, uno de los inquisidores de Corte que habían estado en el tribunal, y se denunció a sí mismo de haber leído a Hobbes, a Spinoza, a Voltaire, a Diderot, a Bayle, a D'Alembert y a Rousseau, pero el inquisidor se negó a concederle la fuenta fe si no denunciaba a sus criminales cómplices, y los denunció. Denunció a Aranda, a Almodóvar, a Campomanes, a O'Reilly y al primer ministro, Floridablanca, y se comenzaron a amontonar papeles para otro proceso.

A fin de cuentas, lo que ocurrió fue que la España ilustrada, aunque por razones bien distintas, venía a coincidir en el fondo con la autoconciencia más profunda de la otra España de la seguridad: la autoconciencia del miedo. Por unas u otras razones, en efecto, el miedo se había convertido como en principio de identificación. Todos los españoles de ese siglo XVIII lo encontraban allá, en el fondo de sí mismos. ■
J. J. L.

NOTAS

(1) Alfredo Rodríguez Albiach ha esbozado muy agudamente, sobre docenas de textos como éstos que cito, las líneas de una religiosidad hispánica en la sociedad borbónica basada en una visión teocrática de la misma sociedad y expresada en un profetismo violento, en la vigencia del talante y de las categorías del Viejo Testamento (A. Rodríguez Albiach, «Religiosidad hispánica y sociedad borbónica», Burgos, 1969, págs. 16-41 y 48-62), pero me parece que los intentos teóricos que hace para explicar la aproximación de teología a política y de teologización de la historia, con ser excelentes, están faltos de un dato a mis ojos primordial: el carácter «divinal», como lo ha llamado Américo Castro, o esencialmente religioso no sólo del Estado y de la sociedad españoles, sino de la esfera entera del ser y de la existencia españoles en la que no hay una sola parcela de vida o de pensamiento que pueda ser contemplada laicamente; el sentido semítico y concretamente judaico y veterotestamentario de ese carácter «divinal».

La violencia y el odio no escapan a esta teologización o divinización, como digo en el texto, y no sólo en los instantes de álgida pasión, como la guerra de la Independencia,

cuando un catecismo popular (1808) se pregunta: «¿Es pecado asesinar a un francés?» y se responde: «No, padre, se hace una obra meritoria librando a la Patria de nuestros violentos opresores». Esto sería, al fin y al cabo, muy explicable. Sesenta años antes, una copla popular, que la Inquisición manda recoger, desarrolla toda la «moral» que se desprende de esa teologización política. La copla se titula «Los mandamientos de España» y dice así:

- I) El primero a Dios amar es sobre todas las cosas, pero con furias rabiosas al francés vituperar.
- II) No jurar es el segundo a Dios ni a su santo nombre, y juro a gabacho hombre despacharlo de este mundo.
- III) Es el tres santificar las fiestas que aia en la Iglesia, pero en esta controversia los franceses desterrar.
- IV) El cuarto nos manda honrar padres, madres y muchachos,

- V) El quinto, no matarás de próximos a ninguno: los gabachos uno a uno, los que puedas ahogarás.
- VI) El sexto, aunque es paso fuerte, los gabachos caparán, y con esto guardarán bien el mandamiento sexto.
- VII) El séptimo, no hurtarás al Rey, al duque ni al Papa: quítale al francés la capa, que en esto no pecarás.
- VIII) Por octavo, testimonio falso a ninguno levantar: al gabacho cuanto antes, pues saues es el demonio.
- IX) No desee en el noveno del próximo la mujer al gabacho puede ser, como hartarlo de veneno.
- X) El décimo, no codicies del próximo ajenos vienes: si al francés ocasión tienes, hazlo, aunque mucho te vicies. Aquestos diez mandamientos vienen a encerrarse en dos, que es embiarle a Dios gabachos sin sacramentos.

las dos conciencias del siglo XVIII

El «gabacho» o francés, símbolo además del ilustrado, es el diablo en este instante de esa teología política y castiza, como antes lo habían sido el judío, el cristiano nuevo o el luterano, y más tarde lo serían el liberal y el científico.

(2) «No le doy idea de las vires **centrípetas, centrífuga y central**—escribe, por ejemplo, a propósito de Newton—, porque son hijas de la atracción, y van siempre detrás de ella, como el rabo tras de la zorra. Con que toquemos algo de la causa de la **gravedad** de los cuerpos. De ésta se sale fácilmente con lo que dice Gasendo en varias partes, y yo lo voy a explicar a usted a la pata la llana. Los cuerpos graves pertenecen a la tierra, de modo que no hay licencia para salir de ella. Cuando, pues, alguna violencia los echa fuera, luego que la tierra conoce que faltan, envía una caterva de átomos que salgan corriendo a atajar el cuerpo que huye. Como estos átomos ministriles corren que se las pelan, lo alcanzan al instante, lo cercan y lo hacen volver más que de paso. Si no gustare esto, recurrir a los vórtices de Descartes o la atracción de Newton, que todo viene a salir allá. No le doy a usted muchas noticias sobre la gravedad y descenso de los cuerpos porque entonces sería escribirle yo la filosofía, y a fe que no soy yo el que me he de llevar los aplausos ni a quien han de poner en las memorias eruditas. Con que lea y trabaje y hallará mil primores, como, verbigracia, que unos mismos cuerpos pesan más aquí que en Getafe. Para esto hay muchísimas observaciones hechas por muchísimos monseñores: ellas suelen contradecirse a cada instante, pero no importa».

Y lo espeso e inmensamente trágico de esa burla de la ciencia moderna es quizá aún más evidente en estas otras líneas sobre la astronomía de Kepler: «Esto lo puede usted poner más claro con un caso de hecho, que le dará bastante luz. Acudieron dos ciegos a beber en una taberna: uno llevaba un perro, y el otro, una perra de lazarillos. Sucedió, pues, que mientras los amos cuidaban de sus estómagos, se pusieron los perros a cuidar de la conservación de su especie. Acabaron de beber y salieron con designios, el del perro, de seguir la calle arriba, y el de la perra, la calle abajo: tiraba cada uno de su cordel, y los animalillos no podían acabar de dividirse. Suelte mi perro (decía un ciego), so ladrón. Usted (respondía el otro) es el ladrón que me quiere quitar mi perra. Voto a tantos que si usted no me suelta el perro, le he de partir los cascos. Por quien soy (replicaba estotro) que le salto los sesos, si no me deja mi perra. **Ad arma ventum est:** enarbolaron los invencibles brazos y los garrotes sembraron una gran cosecha para los cirujanos. Figúrese usted para aplicar el caso que el perro es un hemisferio y la perra otro; que un ciego es el Sol y el otro el término opuesto: que un cordel es la **vis solípetra** y el otro la **solífuga**, como les llama Kepler. Vea los animales dar vueltas alrededor sin formar círculo perfecto, y se halla usted con un ejemplo tan mal aplicado como mala es la filosofía a que se

aplica: aquello de los garrotes va de añadidura... Mas si no le gustare esto de Kepler, a quien Leibnitz llama varón incomparable: si tampoco quisiera meterse con los torbellinos de Descartes, que tanto van perdiendo el crédito, hallará en Leibnitz y en Newton otros dos sistemas sobre disparatillo, más o menos, como el de Kepler».

(3) En general, efectivamente, las sociedades económicas del país son ilustradas en cuestiones pragmáticas, a la vez que en el plano ideológico mantienen los valores de la tradición, pero abundan mucho los equívocos y por lo menos sabemos de una de ellas, la Sociedad Vasca del País, la de los Caballeritos de Azcoitia, como se los llamaba, que es francamente enciclopedista de puertas para adentro, claro está. Creo que Núñez Arenas lo ha visto muy lucidamente y que don Marcelino Menéndez Pelayo tuvo en esto buen olfato, Poronda, cuyo testimonio invoca Núñez Arenas, hablando de que en la sociedad no se admitía «obra alguna que, ni aun por incidencia, trate de controversias o disputas de religión» y de su propio desinterés aparente por estas cosas, escribía: «Yo no tengo el descaro de meterme en este santuario sagrado, cuyo acceso sólo es permitido a los teólogos, so pena de decir mil desatinos por falta de una sólida instrucción». Pero cuando pudo hablar con menos hipocresía, declaró: «Esto decía cuando se me erizaban los cabellos, cuando se corrugaba mi corazón, pensando que aún la frase "con la religión chitón" me podía arrastrar a los horrorosos, fétidos e insalubres calabozos de la atroz Inquisición».

La auténtica identidad espiritual de muchos ilustrados, que nunca hablaron ni pudieron hablar sin equívoco, sigue, así, siendo para nosotros inapresable.

(4) El P. Centeno es el caso típico del hombre perfectamente ortodoxo, pero intransigente con la superstición y dotado de un espíritu crítico finísimo, que le hace poner en cuarentena devociones o creencias que podrán estar incluso en el catecismo, pero que no son de fe. Por ello fue acusado a la Inquisición, y por decir del catecismo del P. Ripalda que «era un compendio indigesto, confuso, sin método, sin claridad, en que se hallan indistintamente mezcladas las verdades divinas con las opiniones humanas, aun las más extravagantes, y que lejos de excitar a que se aprenda la Religión, fomenta positivamente su ignorancia... Un perverso librete lleno de disparates, desde la cruz a la fecha, en el que se venden mil embustes y patrañas, y que tiene también sus cachitos de herejía». Y otro tanto decía del Astete, como se ve con demasiada desenvoltura y, sin duda, alguna injusticia, pero nadie podía dudar, después de la defensa que hizo de estas opiniones, ni de su ortodoxia ni de su cosmovisión y axiología tradicionales. Floridablanca, de todos modos, le echó un capote y se dio carpetazo al asunto.

(5) Es muy difícil, ciertamente, asegurar cuál fue el sentido de la propia identidad de hombres como Aranda, Azara u Olavide. Azara y Olavide, por ejemplo, fueron muy lejos en sus gestos y en las expresiones de su pensamiento hasta igualar a veces a Voltaire o a Diderot en la osadía de sus palabras. Pero a veces tenemos la impresión de que ese es un puro juego de desafío de los cristianos viejos, de exutorio de su amargura, de propio entretenimiento, de desahogo de un ambiente que les oprimía. Otras, sin embargo, nos parecen auténticos «enciclopedistas» y no sabemos lo que quieren decir sus palinodias, como «El Evangelio en Triunfo», de Olavide, que escribe para volver a España después de su estancia en Francia, a donde había escapado desde las cárceles inquisitoriales, o lo que significa incluso sus quejas más íntimas, como esta del viejo Azara, desengañado ya de que las «Lucas» pueden entrar en su patria: «Yo, que soy escéptico, creo en Dios y en su ley solamente». Porque Buffon ya había dicho que donde se escribía «Dios» había que entender «Naturaleza», y el talante de estos hombres es indudablemente antropocéntrico. «Yo no niego los principios de la religión presten una ayuda poderosa (en las aflicciones) —decía el duque de Fernán Núñez—; pero, ¿quién se sirve hoy de estos medios?». Estos hombres creen en el progreso, y lo religioso pertenece ya para ellos a la noche de los tiempos, como los frailes de los dibujos de Goya —algo más que anticlericales, dígame lo que se quiera— aparecen como fantasmas y habitantes de lo oscuro, y en cuanto lleguen los franceses y «se pueda hablar», serán muchas las personas que harán comentarios similares a las de aquel lotero, don Justo Fandiño: «que si hubiera Dios, no prosperarían estos demonios gordos que comen y beben».

Cuando pudo, el padre Casalbón, bibliotecario del volteriano conde de Villahermosa, expulsado de los jesuitas por un «affaire» de costumbres, y resuelto y convencido «filósofo», también se descubrirá de cuerpo entero, pero mientras estuvo en España hacía muy bien la comedia de la sumisión y pedía humildemente licencia para leer libros prohibidos.

¿Y qué es lo que pensaba Aranda de España y de su propia identidad española? Este mismo año, José Antonio Ferrer Benimeli ha publicado la respuesta del conde de Aranda al «Viaje de Figaro a España», de Langle («El conde Aranda y su defensa de España», Zaragoza, 1972), y vemos a un Aranda ciertamente indignado con este libelo, pero eso no quiere decir sino que Aranda es un patriota que, naturalmente, se revuelve contra las majaderías escritas por Langle sobre su país, pero quizá también que Aranda se encuentra muy embarazado ante los elogios que le tributa el propio Langle y no quiere aparecer como éste le pinta, porque eso tiene peligro. Porque en punto «a filosofías», por otros conductos sabemos que Aranda era seguramente más «filósofo» de lo que Langle creía y de lo que por entonces le convenía aparecer al propio conde, aunque quizá mucho menos de lo que sus detractores han pensado. Siempre esta equivocidad.